

El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial

Samuel P. Huntington.
Buenos Aires, Paidós, 1996

El trabajo del profesor Samuel Huntington constituye una interesante aproximación a los principales problemas políticos del mundo contemporáneo. Es una sugestiva lectura de la manera como se están configurando las relaciones internacionales contemporáneas, los rasgos principales de la configuración política mundial y los factores que actúan como detonadores de las situaciones conflictivas. En este trabajo el profesor Huntington tiene el mérito de haber sabido tomar distancias de las lecturas predominantes de las relaciones internacionales a inicios de la década de los años noventa, las cuales nos sugerían que estábamos ingresando en un mundo casi idílico, que lo definían como el triunfo definitivo de Occidente, un nuevo orden mundial o el fin de la historia.

A diferencia de esas lecturas, altamente ideologizadas, el trabajo del profesor Huntington nos advierte que el mundo de la postguerra fría será una configuración propensa al conflicto, pero estos no se basarán en distinciones ideológicas, políticas o económicas, sino culturales. Es decir, tiene el atractivo de ser un trabajo que reintroduce la cultura en el análisis político, pero no a la manera de moda, de que nos estaríamos acercando a la aldea global, donde las diferencias se desvanecerían en aras de una mayor homogeneidad planetaria, sino que asistimos a un mayor fortalecimiento de la identificación de los individuos con las particularidades nacionales. "En este nuevo mundo, los conflictos más

generalizados, importantes y peligrosos no serán los que se produzcan entre clases sociales, ricos y pobres u otros grupos definidos por criterios económicos, sino los que afecten a pueblos pertenecientes a diferentes entidades culturales". En definitiva, como lo precisa el título del libro, la característica del mundo de postguerra fría son los choques entre las civilizaciones.

Las principales civilizaciones contemporáneas, a juicio del autor, son: la china, la japonesa, la hindú, la islámica, la occidental (en sus tres componentes: europea, norteamericana y latinoamericana) y, posiblemente, la africana. De la interrelación que se produce entre estas civilizaciones, se desprende una fractura mayor: "la oposición entre Occidente y el resto del mundo". Como lo sugiere el profesor norteamericano, los conflictos culturales más peligrosos son los que se producen a lo largo de las líneas divisorias existentes entre las civilizaciones y particularmente entre Occidente y las otras culturas.

Difícil es reseñar un libro que pasa revista a la historia de todas estas civilizaciones y a la dinámica actual que se presenta entre ellas y más embarazoso aún es cuestionar los postulados generales de su paradigma, pues se requeriría someter a la dura prueba de la historia cada una de las construcciones que nos propone el autor.

Por eso limitaré los comentarios a una idea general propuesta por Huntington. Sostener que los

conflictos entre civilizaciones más latentes son los que se producen a nivel de las líneas divisorias, parecería, a primera vista, encontrarse plenamente respaldado por la historia reciente. Para la muestra dos ejemplos: la guerra entre Rusia (Occidente) y Chechenia (Islam) y el conflicto en Yugoslavia que enfrentó a serbios, croatas y bosnios musulmanes. En la guerra del país balcánico, los primeros son eslavos ortodoxos, los segundos son eslavos católicos y los últimos son eslavos musulmanes. A primera vista, estos conflictos parecerían corroborar la tesis de Huntington. Ambos son enfrentamientos entre pueblos en los puntos de intersección entre la civilización occidental y la islámica.

Pero, un análisis más minucioso nos demuestra que el conflicto en Yugoslavia, de ninguna manera puede inscribirse dentro de esta óptica, porque en este caso no se asistió al choque de grupos pertenecientes a diferentes civilizaciones. Los musulmanes son, en su gran mayoría, serbios o croatas de origen, que hablan el serbo-croata y se distinguen porque fueron "islamizados" por el imperio otomano, cuando esta región hizo parte de esa entidad. A comienzos de la década de los años sesenta, el entonces líder indiscutido de Yugoslavia, Joseph Bros Tito, deseoso de mostrar el perfil tercer mundista de su país, en momentos en que se convocaba la creación del Movimiento de los No Alineados, los elevó al rango de grupo "cultural", diferenciándolos del resto de la población. Es más, de acuerdo con el último censo realizado en 1989, antes de la desintegración del país, el 66% de los bosnios musulmanes se declaraba ateo y partidario de un Estado laico. Los otros dos grupos, los serbios y los croatas, son eslavos y pertenecen a la cultura occidental.

La guerra en Yugoslavia no fue un conflicto entre civilizaciones sino que fue el resultado lógico de las actividades de las élites políticas regionales que avivaron las banderas nacionalistas en momentos en que se desvaneció el síndrome de la amenaza externa y cuando el descrédito y la posterior pérdida de los ideales comunistas crearon un vacío de representación política en la conciencia colectiva.

El surgimiento de este conflicto no fue el producto de un fatalismo al cual Yugoslavia tuviera que estar condenada por la diversidad étnica y cultural de los pueblos que la habitaban. En realidad, más bien fue el resultado de la miopía e irresponsabilidad de los líderes, quienes optaron por la cultura política nacionalista. Los dirigentes no supieron redefinir de modo radical el Estado yugoslavo para mantenerlo como factor de sobrevivencia en los momentos en que se alteraron los patrones sobre los cuales se había creado una unidad de tipo federal. Fue también el producto de que, para conservar sus posiciones dirigentes en momentos en que el ideario socialista estaba completamente desprestigiado, estimularon la emergencia de la ideología del nacionalismo, como mecanismo de conservación de sus intereses.

Para croatas y eslovenos, el problema principal radicaba en que no querían seguir transfiriendo sus recursos a las regiones más pobres y deseaban canalizarlos para acrecentar e incentivar su participación en los circuitos económicos europeos (nacionalismo económico). Para la autoridades serbias, el problema se planteaba a través de la Constitución de una Gran Serbia, que debía reunir a todos los serbios, incluidos aquellos que vivían en territorios de las otras repúblicas (nacionalismo político). Los bosnios, por último, una vez que croatas y eslovenos se separaron de Yugoslavia, insistieron en desligarse del Estado federado, por cuanto estaban condenados a quedar irremediamente insertos en un Estado de indiscutido predominio serbio (nacionalismo por oposición).

En la agitación de estas tensiones, además de las élites políticas, participaron otros actores. Las Iglesias, en su vertiente ortodoxa y católica, contribuyeron con su parte. No sólo El Vaticano estimuló y apoyó la independencia de los croatas, sino que la Iglesia ortodoxa contribuyó a atizar el fuego de la guerra promoviendo la intolerancia y rescatando mitos como el de la batalla de Kosovo (1389) que testimoniaba de la misión histórica de los serbios mientras la Iglesia católica croata justificaba los reclamos de la Herzegovina Occidental por parte de estos últimos.

Por último, los medios de comunicación comenzaron a agitar propagandas que difundían una mala imagen del otro y destacaban los aspectos negativos de las otras repúblicas. Con esta explotación de los viejos temores, todo el mundo se contaminó de las consignas nacionalistas, se provocaron los odios y se difundieron imágenes que distaban mucho de la realidad, porque se trataba de negar, extirpar y destrozarse toda huella de la presencia del otro. Así la guerra y el odio ganaron el corazón de los pueblos.

Este ejemplo, en particular, nos demuestra que la guerra en Yugoslavia fue un conflicto espacialmente ubicado en las líneas divisorias de dos grandes civilizaciones, pero no fue una guerra entre civilizaciones. Más bien debe interpretarse como una empresa promovida y realizada por las élites políticas que recurrieron al arsenal nacionalista y religioso para conservar sus privilegios y mantener, en las nuevas coordenadas, un vector que los uniera a su respectiva población.

El otro ejemplo que corrientemente se cita es el del Cáucaso, región donde se han producido numerosos conflictos en la postguerra fría, siendo el más importante el que enfrentó a la ortodoxa Rusia contra la musulmana Chechenia. En principio, aquí nuevamente tendríamos el caso de un conflicto en la línea fronteriza entre dos civilizaciones: la occidental y la musulmana. Pero la cruenta guerra que devastó la minúscula república caucásica rusa no fue un choque de civilizaciones, ni de religiones, aun cuando durante el conflicto numerosos sectores pretendieron darle ese carácter. El meollo del asunto radicó en la nueva geopolítica del petróleo. Chechenia tiene una importante refinería de crudo y por su territorio cruza un oleoducto que transporta el petróleo del Mar Caspio hacia el Mar Negro y Rusia. Los líderes chechenos, conscientes de la importancia

estratégica de su república, propusieron la independencia de la república pues estaban convencidos que la riqueza que les depararía el petróleo, les garantizaría la necesaria solvencia económica.

Motivos similares impulsaron al gobierno ruso a ejercer su control sobre la discolpa república. El descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo en Azerbaiján, en el mar Caspio y en varias repúblicas del Asia Central plantearon con urgencia el tema del transporte del combustible en dirección al mercado mundial. Dada la posición geográfica de estos yacimientos las posibilidades eran: crear oleoductos a través de Irán, eventualidad que fue inmediatamente rechazada por el embargo que EE.UU. tiene a ese país; utilizar el territorio de Turquía para sacar el producto hacia el Mediterráneo, o canalizarlo a través de Rusia. Moscú quería a toda costa ser la zona de tránsito porque eso le daría dividendos económicos y además mantendría la hegemonía rusa en ese inmenso territorio. La rebelde república de Chechenia era el obstáculo que enfrentaba Moscú para hacer realidad sus sueños. En síntesis, la guerra de Chechenia en ningún caso fue un conflicto entre civilizaciones, sino un ingrediente de una tensión secular derivada de la geopolítica del petróleo.

Estos dos ejemplos que acabamos de citar demuestran claramente las dificultades que enfrenta un analista al momento de pretender validar los presupuestos teóricos del profesor Huntington. En síntesis, la información histórica parece contradecir la principal tesis del profesor norteamericano. Esto, sin embargo, no le resta importancia al libro, el cual seguramente es un buen y sólido inicio para repensar el tema de la cultura en la historia y en las relaciones internacionales contemporáneas.

Hugo Fazio Vengoa

Profesor de la Universidad Nacional y de los Andes